LA FERIA POR DENTRO o el Arte de Vender Uruguayos

PRIMER embestida: los obreros de Paseos perdieron la mañana esperando en vano el camión para ir a buscar la pinocha. Segundo: en pagarles horas extras para que se quedaran de tarde —«de día» le— y, como diría Paco, sin la pinochita la Feria se venía abajo. Ellos deben haberse apiadado de las caras de desgraciados de los organizadores: **"Güe no, nojotros nos quedamos a trabajar nomá pero usté me consigue un libro de tracatrac", "Y a mí otro", "Y a mí otro"**. Por algo el autor se llama Serafín: el también contribuyó al éxito.

Segunda: el policía encargado de la vigilancia nocturna a quien vemos humeando una mesa, se nos aproxima: **"Diga don, una persona, ¿no me dejan leer un libro? Después se lo pongo en el lugarcito, seguro"**. Traté de ubicar el que leía, y debo haberme equivocado, porque el que encontré era un tratado sobre el ser y la existencia.

No había duda: la batalla de la **Primera Feria Nacional de Libros y Grabados** estaba ganada antes de la inauguración. Una batallita, no exagerar, o una escaramuza para abrir el apetito, la esperanza de que esto sea verdad: que el intelectual, acostumbrado a producir para intelectuales —otros buitres tras la misma carnaza— se pusiera en contacto con un público, con un pueblo y se viera en ese otro y no en el espejo acicalado en que se contempla para admirarse. Porque mientras no haya un público que atienda a sus escritores no habrá una **literatura**, y a eso nos hemos referido largamente en estas mismas páginas considerándolo un correlato básico de nuestro momento cultural. Esta convicción, ardientemente compartida, está en la base de nuestro interés por la Feria.

El escepticismo nos ha ganado tanto que, salvo los locos —y ni siquiera cito a los quijotes— nadie cree que puedan venderse libros de autores uruguayos. Varias semanas costó conseguir que AUDE montara un stand —el criterio era suspender hostilidades y trabajar por el fin común— y P. Medeiros decía: **"Yo los acompaño, porque creo que es una "obligación moral". Pero no se hagan ilusiones: no se va a vender nada"**. En el recoveco secreto de sus almas los libreros soñaban lo mismo y algunos sólo se decidieron a participar en la víspera, cuando la cordial publicidad dispensada por la prensa los alertó. Ni que hablar de las ristadas de Juanicito, el de Universo, cuando oyó que pretendíamos vender libros uruguayos. (Una apuesta ganada ahí). O la sonrisa lacónica de Catelli: "¿Cuánto vendió Barreiro por día de autores uruguayos?" —"No sé, unos veinte pesos"...

Y bien: cuando el sábado se cerró la **Feria**, se alcanzó la cifra de $ 23.000 de verdes brutas lo que puede equivalar a unos 3.000 volúmenes, seleccionados preferentemente en la producción que va de 1950 a 1960. Y en los escasos veinte días de duración veinte mil personas han pasado por el estable de esteras, aromado de pinocha y cubierto por el pabellón nacional, que Carvalho inventó con humor feliz, curioseando tapas y descubriendo muchos que los libros realmente no muerden, que son gentiles, tienen títulos divertidos incluso, y en algunos está acuardando una apreciable diversión. No es mucho dinero: algún librero observará que no justifica el sueldo del empleado que debe atender el stand. Pero mucho de Medina quizás no haya vendido demasiado pero al menos cumplió su plan de lecturas gratuitas y ya es alrededor de otros, en cambio, como la Universidad, comprobarán que los libros se publican para ser vendidos, no para guardarse en las bibliotecas, y quizás en la próxima sean más las Facultades que remitan sus publicaciones al stand de la Feria, visto el mucho público que descubrió que los profesores, además de hacer huelga, escriben libros en serio.

Cuando la pinocha estuvo ya domesticada y caminar por la **Feria** no era como andar por la montaña rusa, cuando Arrigoni se cansó de dirigirnos requisitorias, cuando Milla Junior ya agarraba el micrófono como Castillo sunque no para un tango sino para anunciar: **"Recuerde, el hombre que lee más es el hombre que vale más"**, los organizadores, exasperados, entraron a la autocrítica: habría que haberla hecho en diciembre no en enero, sobre todo dado que el mequetrefe de la Comisión de Turismo — que nos rehusó apoyo porque los libros y los autores uruguayos "no son importantes" — no se ocupó de conseguir que al menos vinieran turistas al país; habría que haberla hecho al aire libre, pero quién se atreve después de sufrir dos temporales y dos diluvios universales que deshicieron, también por dos veces, el mísero cartelito de lona en sustitución del suntuoso que prometió y luego resultó que cobraba la UTE; habría que haber editado material propio de la **Feria**, pero cómo si ni siquiera hubo tiempo para distribuir los afiches. **Habría que haber** organizado mejor los stands y la venta de modo coordinado, así se evitaría la del señor muy ceremonioso que se acercó a un vendedor con una apreciable pila de libros en la mano y preguntó **"¿Dónde está la caja?"**. Había creído que era un "self service" y había hecho su previsión en cada uno de los stands sin que ninguno de los empleados percibiera la "sustracción". Habría que haber previsto los ruidos del salón de actos donde los "Viva Fidel" y "Viva Fidel" de manifestación que va y manifestación que viene matizaban las conferencias y mesas redondas. Habría que haber tenido extinguidores —la famosa pinocha que patentó la frase Marie Chanial **"Igualito a un stud de Punta del Este"**— y que nos hacía pasar del diluvio a las llamas en un intento de ahorrarle a Cravotto los dos siglos necesarios para concluir el edificio. Habría que haber...

Contra el condicional magnífico, contra lo muy bueno del futuro sólo puede oponerse lo regularcito del presente que es, además, real. Ardao me decía que hace un año, a su vuelta de Europa, había presentado al Ministerio un proyecto de Feria de libros tomando como modelo la de Madrid que visitó y disfrutó. Allí debe estar el proyecto, con su correspondiente carpeta, con su correspondiente número y su correspondiente polvo, esperando: "Téngase en cuenta y archívese". Por mucho que se hable de fantasmas la gente sólo cree en la realidad visible y mensurable: a partir del día 4 no pasó una hora sin que apareciera **señor, señora o señorita con un paquetito bajo el brazo. Ahí venían sus obras, decía que todos debamos, por agotadas y que en verdad ya** comenzaban a incomodar en el garage o encima del ropero. Se diría que en este país **no hay libro que esté realmente agotado y** no lo ha agradecido el público, compuesto tanto cosa famosa que se creía inhallable, desde el **Vivientes de Juan José Morosoli, hasta El sueño realizado y otros cuentos de Juan C. Onetti.**

Es cuando a las preferencias del público, los precarios sistemas estadísticos aplicados —habría que haber... no permiten ninguna afirmación segura. Se vendieron libros de los autores que se estaba vendiendo bien en librerías: desde luego los gauchescos, Serafín J. García, Osiris Rodríguez Castillo; desde luego Onetti, Benedetti; desde luego algunos clásicos rendidores como Quiroga, Viana. Pero marcharon bien Amorim y Felisberto Hernández que en el país no habían tenido mucha audiencia, y se vendieron bien libros de actualidad política y social desde el de Jesualdo sobre la URSS y el de Radano sobre Cuba hasta los consagrados a Saravia y los estudios sociológicos nacionales (no te olvides de los tinlos, dice mi hermano Carlos). Con decir que se vendieron libros de poesía estaría así todo dicho en cuanto a la dispersión del interés del público y a las posibilidades que abre un contacto directo.

Se piensa luego de la experiencia, que si bien hay un apreciable sector de libros invendibles —casi siempre son los que llamamos impublicables— para gran parte del resto la falta de lector ha sido consecuencia de que no han funcionado colectivos medios de información que dieran noticia a su correspondiente público de sus características particulares. Más evidente con los grabados que fueron traídos por las autoridades del Club como una concesión —la obligación moral— sin esperanzas de venta, y que, sobre todo los de altas tiradas y bajos precios, encontraron un público interesado. Menos para los discos, pero la producción nacional no ofrece todavía una gama de posibilidades rica.

Y ésta es casi toda la verdad. Pero el resto tampoco merece un "lo que no conté sobre la Feria". Ha sido una de esas salidas entusiastas y pintorescas para las que los uruguayos son capaces de una curiosidad divertida y generosa. Que nadie se atreva a jurar sobre ella ni a profetizar, y menos los que la pedecinos y que, ahora, tenemos derecho a decir "basta para nosotros".

Angel Rama

El Ciclo Miguel Hernández

Miguel Hernández

Hoy inicia sus trabajos en Montevideo el II Congreso por la prensa política española. A modo de contribución entusiasta azul la obra del más ilustre de nos presos políticos, Miguel Hernández, muerto a los 35 años en una cárcel española y de quien se acaba de celebrar el cincuentenario del nacimiento.

Fue Dámaso Alonso quien se atrevió a sugerir que el encadenamiento de escuelas y movimientos que van desde Bécquer hasta la guerra civil, sólo tenía parangón en el celebrado siglo de oro de la poesía española que abarca el XVI y parte del XVII, y no iraí duda de que los cincuenta años en que conviven Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, García Lorca, Guillén, Alberti, sin contar novelistas y críticos y una pléyade de otros poetas, signan un momento creativo excepcional. Dos generaciones, la llamada del 98 y la que podríamos llamar de la Dictadura, para establecer la equivalencia de denominación por los acontecimientos históricos del país, se desarrollaron sin visibles antagonismos, encadenándose de un optimista proceso creador que en 1933, cuando los primeros índices de sangrienta remoción española, ha alcanzado un status oficial.

En un libro canalla (1), lleno de rencor y también de las más ricas y originales aportaciones a comienzos del más reagado integrante del movimiento, Luis Cernuda, ha caracterizado la generación poética que él fecha en 1925, por: 1º predilección por la metáfora: 2º actitud clasicista (Valéry): 3º influencia gongorina (fase que se relaciona con las dos anteriores): 4º contacto con el superrrealismo. Por su parte el crítico oficial del movimiento, Dámaso Alonso, en un artículo lleno de concesiones oblicuas (2) recorre otros rasgos lares característicos, a las que podrían agregarse: 1º aceptación y enriquecimiento de la obra de los mayores: 2º apoliticismo: 3º arraigo nacional y utilización prudente del arte europeo de la postguerra: 4º, y aunque a regañadientes, acepta la incrpación de la época acerca de la deshumanización de este poesía, matizándola con el descriptivo de "un espiritumo recien creado, virginal" (ya Cirré había repudiado en la última antología de este popularismo) (3) y con la irrupción final de una "poesía arraigadamente humana y apasionada" con el movimiento surrerrealista.

Por su parte Castellet, haciendo el balance de esta generación, encuentra la innovación riiviera en el hecho "de que realiza en sí misma, en un plazo brevísimo y con fuerza, estilo y calidad literaria, toda la revolución formal que la poesía europea tuvo seiscientos años en cumplir, desde la valoración musical de la palabra y la preminencia de la metáfora hasta la experiencia superrealista que es la última etapa lógica del proceso que nos sitúa en marcha, en el siglo XIX. Pos y Baudelaire, cualquier escuela con el movimiento simbolista, y cuyo influjo prosigió, a través del primer tercio del siglo XX, con los grandes poetas del modernismo francés (Valéry) y simplesión (Eliot y Pound)" (4).

Lo que estos críticos no han llegado a establecer plenamente son los resortes genéricos que explican el movimiento al vanguardismo europeo, con la diferencia que en el correspondiente al superrealismo, excesivamente poeta de la admiración de Alexandre. A saber: 1º actitud individualista; 2º dominante burguesa tanto en la extracción social como en el público a que hablan; 3º economía (el hecho) o rebelión estéticista. El primer rasgo, el de Diego, el superrealismo de Lorca y Alexandre, significativamente los escritores de nula ocupación política; 4º una general actitud lúdica que podría ubicarse en la línea de un juego inteligente, como la vida. Ello está signando la revolución de Góngora —a veces cruzado al intento de un Gómez de la Serna— y la devoción por un Valéry que, como anotó Sartre en su oración fúnebre, venía escribiendo libros próximos 25 años antes de morirse.

La influencia de este grupo de altos creadores literarios fue inmensa en el ámbito de la lengua española, tanto en la península como en América particularmente después de 1936. Deparó el nacimiento de una constelación de gonoos tanto los que se afiliaron al superrealismo de segunda mano como los que optaron por el neoclasicismo. Los dos grandes poetas americanos que están escribiendo en este momento, César Vallejo (Trilce es de 1922 como su existencia internacional comienza recién con la segunda edición, española, de 1930) y Pablo Neruda (Residencia en la tierra, 1933) recorrerán a ser reconocidos con posterioridad a la guerra civil, cuando se eleva la comunicación de la cultura española con América.

★ *En Orihuela.*

Entre los epígonos de la generación de la Dictadura está un poeta de excepcionales dotes naturales, a quien las circunstancias históricas de su tiempo, en respuesta afirmativa a la época en que vivió, le reservan un lugar singular aunque no siempre de alta creación artística, en el proceso que ahora va a iniciar la poesía española. Es Miguel Hernández, nacido en Orihuela, Alicante, de humildes padres, alejado del centro culto, de toda posibilidad previsible de educación superior hasta los 23 años cuando en 1933 publica, en la época del "bienio negro", en la insurrección de Asturias, su primer libro Perito en luna. (5)

Ha nacido en el fondo de la provincia y su nutrición cultural es la de un fervoroso joven español que se sabe sobre sus clásicos: Garcilaso, Fray Luis, "el brave Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas" como había dicho casi cuarenta años antes Rubén Darío, a quien ya como ha de leer a nuestro Herrera y Reissig (dedicándole más tarde un afinado epígafio "Quiso ser fraire y se quedó en lamento"). De esta educación clásica, especialmente incidida al pedido barroco, pasará con perfecta naturalidad a la lectura alternativa de sus jóvenes maestros, en una primera instancia Lorca, Alberti, Guillén, sobre todo Gerardo Diego (el del período de la Fábula de Equis de Zeda).

Curiosamente, Hernández ha de cumplir, desde su provincia natal, un proceso de acercamiento y formación que al mismo tiempo están realizando en los centros cultos los llamados —sólo por la época en que comienza a producirse— poetas de la República: Bidrujeja, Panero, Rosales, Vivanco. El crítico G. Torrente y Ballester en uno de los libros más voluminosos y a la vez más inepto que se hayan escrito sobre estos temas, ha señalado en ellos la aparición del garcilasismo, el perfeccionamiento formal, la temática amorosa que tienen su consagración en Abril (1935) de Rosales. Faltaría agregar el descubrimiento de los temas dominante de su lírica, el amor, y el juego ligero de su poesía anterior adquiere un matiz pesarroso, más grave, con alguna apelación dramática que desconcierta por su fragilidad.

Ya ha conocido a Josefina Manresa que le acompañará toda su vida, y esta relación comienza a traducirse en un tono simple y verdadero que permite el primer conocimiento claro con la lírica del 27. Esta habla cultivado con sobreabundancia la temática amorosa —Alberti, Salinas, Alexandre— desconfiando sobre la tradición erótica que había heredado del modernismo. Miguel Hernández, siguiendo el sabrosito tono del primero Miguel de Unamuno y luego Antonio Machado —los del 98— habían desbrozado, ha de cantar en vez de la pasión secreta, el noviazgo sencillo primero y luego el amor conyugal. La esposa, la familia, el hijo que muere, y el hijo que le nace en la cárcel. Es decir que transforma fríamente su vida cotidiana, los sentimientos que en ella afloran y que se distinguen por una solidaridad afectiva entrañable y hozaeña conjunta a una ardiente pasión sexual.

★ *El descubrimiento superrealista*

El segundo rompimiento, que le alejará de modo definitivo del gongorismo y el clasicismo inicial, será su adhesión admirativa a la manera superrealista —más que al superrealismo en el que nunca ingresó— de dos poetas que conocerá en los años anteriores a la guerra y que influirán poderosamente sobre este joven fervoroso: son Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, las cuales de tono en ese momento en que han publicado **Espadas como labios** (1932) y **La destrucción o el amor** (1934) el primero, y **Residencia en la tierra** (1933 y 1935) el segundo.

Una verdadera revolución se opera en Miguel Hernández, quien tímidamente pasará de la silva al verso blanco; de la frescura jocunda y desprecopada apenas matizada de sombras, a un concepto casi romántico y fatalista de su propia vida —está su enfermedad de por medio—; de la exteriorizad descriptiva a un confuso mundo interior donde la energía desencadenada que siempre lo distinguió se transforma en premura, en desgracia, en sangre; de la poesía sonora, artificiosa y decorativa a un turbión de palabras más densas y de ritmos más hondos donde lo personal sua esta enmascarado por la influencia de Aleixandre (Tipicamente la "Oda entre arena y piedra").

Uno de sus mejores poemas, "Sino sangriento" pertenece a este período de conmoción, y él dice bien, en un lenguaje todavía de su primera época, sus nuevas apetencias:

De sangre en sangre vengo
como el mar de oja en ola,
de color de amapola el alma tengo,
de amapola sin cuerto es mi destino,
y llena de amapola en mi herida
a dar en la corrada de mi sino.
Criatura hube que vino
desde la semenera de la nada,
y vino más de una,
bajo el designio de una estrella sirada
y en una turbulenta y mala luna.
Cayo una granizada
de ensangrentado pie sobre mi vida,
cayó un planeta de saetrán en cielo,
cayó una mulse rojo enfurecida,
cayó un mar millarado, cayó un cielo.
Vino con un dolor de cuchilleda,
me esperaba un cuchillo a mi venida,
me dieron mamar leche de cuerpo,
zumo de espada loca y homicida,
y al sol el día abrí por primera vez
y lo que vi primero era una herida
y una desgracia era.

★ *Viento del pueblo*

Este hombre que se ha despaendido del gongorismo, de su catelicismo inicial, que ha intentado el caos del mundo interior a la manera de Aleixandre que ha comenzado su aprendizaje, por ahora sólo en Lorca, Alberti, Guillén, se verá a partir de 1936 en medio del torbellino de la guerra más sangrienta. De él nace **Viento del pueblo** (1937), **El hombre acecha** (1937-39) y los **Otros poemas** (1938-39).

Una experiencia para la que ningún poeta —salvo nuestro Machado, Alberti y León Felipe—, ningún de los grandes del 27 estaba preparado, no porque no fueran capaces como hombres de asimilar el aliento épico que recorría la nación y afiliaba a la trinchera, sino porque sus instrumentos poéticos eran los más adecuados para traducir el sentir colectivo de ese trance histórico. En medio de la enorme riqueza de la producción versificada que motivó la guerra civil española, y hoy, medio siglo de por solidario, sabemos que mucho era labios (1933